



Rafaela

Prometo encontrarte

VALERIA CÁCERES B.

Rafaela.
Prometo encontrarte.

Valeria Cáceres B.

Valeria Cáceres B.
Linares — Chile
1ª edición — Noviembre 2016
©Todos los derechos reservados.

A Rafita, por aquella imaginación que a ambas nos lo entrega todo. Y como dijo una amiga, «soñar no cuesta nada... y hacerlo realidad, tampoco».

SINOPSIS

Ella es Rafaela. Y él... es Valentín, más conocido como Valento Ruminó.

Dos escritores. Una conferencia en México. Un sueño. Una inspiración. Un encuentro inesperado.

Pero... ¿qué sucede cuando ninguno de los dos se soporta?

Descúbrelo en «*Rafaela. Prometo encontrarte*», una comedia romántica llena de momentos divertidos, emotivos y sensuales.

PRÓLOGO

Rafaela

La luz me encandila. No me deja distinguir lo que tengo en frente, pero una voz se roba mi atención.

—Hola... Te estaba esperando.

—¿A mí...? No te conozco. ¿Quién eres? —Sonríe y me quedo sin palabras.

Comienzo a adaptarme a lo que me rodea: prado, rayos de sol y un joven frente a mí que está sentado en la base de un árbol.

—Ven, Rafa... No temas, no te haré daño.

—Sabes mi nombre... —digo en un leve murmullo, sin acercarme aún.

—Así es... —Me mira unos segundos y luego con su palma golpea despacio el césped que hay a un costado de él—. Insisto, siéntate.

—¿Dónde estoy? —Miro a todos lados, buscando un lugar que pueda asociar.

—Es tu sueño, tú has elegido el lugar. —Se encoje de hombros, y me enoja que me tome el pelo. Doy media vuelta, sin saber a dónde ir.

—Hey... No te vayas.

—Me estas tomando el pelo...

Intento avanzar hacia cualquier lado, pero él se levanta raudo y me toma el hombro. Una vez que se asegura de que no escaparé, estrecha su mano derecha para recibir la mía. Su mano es suave, tan suave como inquiero que son sus rubios cabellos que resplandecen con los rayos de sol.

Miro sus ojos, son color ámbar, luego me detengo en su vestimenta, totalmente blanca. Instintivamente miro mis ropas... blancas, impolutas como las de él. Llevo un pantalón corto y un top. Por un segundo, miro al cielo y pienso que tal vez...

—No, no estamos en el cielo, Rafa. Este es tu sueño.

Después de dejarme con la boca abierta, ya que por lo visto lo soñé con la capacidad de leerme la mente, nos quedamos en completo silencio. Suelta mi mano y se gira para caminar. Y bueno, le sigo.

Mucho tiempo caminando y en silencio, me aburre. Así que para conversar algo, pregunto:

—Ya que no me dices dónde vamos, quién eres ni nada... ¿Podrías decirme si falta mucho? —Se detiene un segundo para mirarme y yo, quejumbrosa, digo apuntando a la tierra—: Es que vine con tacones...

Su carcajada deja una pequeña vibración en el aire que me emboba por un rato, hasta que logro escucharlo decir:

—Solo a ti se te podía ocurrir soñar con un lugar como este y venir con esos zapatos.

—Créeme que si hubiese sabido cuánto caminaríamos... me soñaba descalza —digo empezando a cojear por el intenso dolor. Y entonces, el señor incógnito me toma de tal manera que cuelgo de su espalda.

Me dirige por la hierba. No hay caminos trazados, pero sus pasos me llevan a un lugar totalmente desconocido y que quizás, en un futuro, se convierta en uno de mis favoritos.

Llevo caminado... o mejor dicho colgando del hombro de ese hombre un par de minutos hasta que por fin me baja. Sus manos casi envuelven la totalidad del contorno de mi cintura y me hace tocar el suelo tan delicadamente que pareciera que soy de cristal.

—Listo —dice y vuelve a sonreír.

—Rafaela, mucho gusto. —Estrecho mi mano, otra vez.

—Ya nos habíamos presentado.

—Pero aún no sé cómo te llamas.

Mira a un punto fijo hacia la derecha. Traga saliva y su nuez de adán sube y baja con el movimiento... y yo, parece que me pierdo.

—Es bastante solitario acá —dice al fin—. ¿Corresponde a un terreno familiar?

Me mira. Me mira y mira y yo no entiendo nada. Él me guía durante minutos y ahora pregunta como si yo supiera algo de todo esto.

—Mira... Como te llames. No tengo ni la menor idea de dónde estamos, ni qué hago aquí ni mucho menos quién eres. Si tú sabes algo, ¿me podrías explicar?

—¿Qué comiste antes de dormir?

—¿Y a qué viene esa pregunta?

—Dicen que cuando ingieres alimentos muy pesados, se tienen pesadillas... —Ah, bueno. Aparte de soñarlo con la capacidad de leerme la mente, el caballero sabe sobre la alimentación. ¿Dijo pesadilla? Él no es una pesadilla. Para nada.

—¿Cómo te llamas? —pregunto obviando sus conjeturas.

Ahora me observa. Otra vez sus ojos me prestan atención, pero en ellos se ve la misma incertidumbre que siento.

—No sabes, ¿verdad? —pregunto nuevamente y él antes de negar, se sienta en un tronco que hay tirado por ahí. Hoy estoy muy preguntona—. ¿Recuerdas algo? —Lo digo despacito mientras me acuclillo a su lado. Pero obtengo otra negativa, entonces concluyo—; Ya veo, los dos aparecimos en un sueño. ¿Por qué estás tan seguro de que es mi sueño y no el tuyo?

—Rafaela... ¿Alguna vez dejas de hacer tantas preguntas? —Se levanta y vuelve a verse el hombre imponente

que se presentó ante mí.

—Sí... Generalmente cuando tengo todo claro. Estoy metida en un sueño... que supongo es un sueño y no estoy en el cielo. ¡Cómo me haya muerto y no me quieras decir, te prometo que me vengaré! ¿Eres Dios? —digo muy seria.

Y llena todo con otra carcajada y aunque no fuera Dios, yo lo aceptaba como tal.

—No te rías. Esto es serio. Estoy metida en un sueño, con un hombre que aparte de llevarme de aquí para allá y reírse de mí no me dice nada... ¡Y no sabe ni como se llama! ¿Tienes algo interesante que contar mientras espero a que suene la alarma de mi celular? Anoche me dormí tarde y ya debe ser hora de ir a trabajar.

—Parece que tú tienes más cosas interesantes que contarme que yo a ti.

—Pero yo ya conozco mi vida y quiero saber de la tuya... o de lo que recuerdes de ella. —Me siento frente a él en posición india mientras juego con un mechón de mi cabello.

—No te puedo decir mucho de mí, pero puedo hablarte de una historia de amor.

—¿De amor? Vamos, a ver con qué me vas a salir. —Sonrío.

—¿Por qué? ¿No crees en el amor?

—Sí, claro que creo. —Me aseguro de que mis palabras suenen convincentes y las acompaño con una mirada fija a sus ojos—. El problema está en que confunden amor con dependencia. Pocas personas viven realmente el amor.

—Te puedo asegurar que esta historia que te contaré... es de esos amores que se encuentran encerrados en los libros... Cuando te cuente sobre ellos, al despertar correrás a escribir todo aquello, porque querrás asegurarte de retener contigo cada detalle.

—Tú estás loco —digo en una afirmación.

—¿No me crees? Bueno... No digas que no te lo dije.

Y esa mañana sonó la alarma, y corrí como desesperada a encender el ordenador, abrí Word y entonces comenzó la magia. Una magia que jamás en mi vida había experimentado, con la adrenalina recorriéndome las venas y con mis dedos danzando en el teclado, cual pianista reacciona a la música. Así mismo me sentía yo ese día. No podía parar. Tanto, que ese fue el primer día que me ausenté en el trabajo.

Luego de asegurarle de que estaba loco, él comenzó a contarme pequeñas partes de cómo se conocieron Leonela y Patricio.

Aquel día cambió mi vida, aquel sueño fue el inicio de una etapa que jamás creí iniciaría. ¿Escribir? ¿Yo que con suerte leía el periódico y para lo único que tomaba el lápiz era para anotar los recados de la oficina? Bien, él tenía razón, tenía la necesidad de llevar conmigo a Leonela y Patricio. Así fue al principio, pero luego, con el paso de los días, Valentín se volvió parte importante de esa necesidad.

Los sueños eran seguidos y el hombre misterioso continuaba invadiendo mis noches, donde nos encontrábamos en aquel lugar desconocido, nuestro mundo paralelo, en el cual cada día nacían nuevos capítulos para la historia.

¿Cómo supe que se llamaba Valentín? Nunca lo supe, lo bauticé así. No tenía ni la menor idea de cómo se llamaba y yo necesitaba ponerle nombre a su cara, a sus risas, a sus gestos, a su caballerosidad. Era un ángel. Ahora que lo analizo, debí ponerle Gabriel. Aun sabiendo que soñaba, me parecía estar en el paraíso, y es que él hacía de todo para que yo me sintiera entre nubes.

No era solo su físico, que era bastante guapo, sino que era la calidez de su voz, la forma en la que me miraba y hasta cómo de vez en cuando se le escapaban abrazos.

—Te llamaré Valentín.

—¿Valentín? —preguntó incrédulo.

—Sí, un hombre honesto, caballeroso y sociable. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro, dime.

—¿Los conoces? ¿Quiénes son?

—¿Quiénes? ¿Leonela y Patricio? —Y otra vez perdió su vista en el infinito—. No —aseguró, pero su voz pareció quebrarse.

—Quiero contarte algo... —susurré con vergüenza. Se detuvo frente a mí y levantó con delicadeza mi mentón.

—Dime.

—Tenías razón. Estoy escribiendo su historia. —Y me regaló una sonrisa maravillosa, extendió sus brazos y me envolvió con ellos.

—Bien, Rafita. ¡Sabía que serías capaz!

—Y te digo... Nunca en mi vida había escrito algo.

Ese día no le quité la sonrisa de encima. Su mundo pareció pintarse de colores con solo confesarle mi nueva afición. Valentín tenía eso. Confiaba en mí incluso más que yo misma. Nunca supe qué encontró en mí para deducir que sería capaz de sacar adelante la historia de aquellos personajes, pero siempre me dejó en claro que yo era la indicada para mostrarle al mundo la historia.

—Escúchame, Rafaela. Tienes que publicarla en cuanto la termines.

—¿Tú estás loco? —Caminábamos abrazados, pero me detuve para soltarlo—. Valentín, eso es algo demasiado mío. ¿Cómo pretendes que publique algo que ni siquiera sé si está bien escrito? ¡Ya es una locura que te preste oídos! ¿Quieres que me encierren por loca cuando publique y además cuente que un hombre se mete en mis sueños a contarme historias de amor? —Largué una carcajada que me costó la primera discusión con Valentín.

Dos semanas pasaron hasta que se volvió a presentar, ofendido, entre mis sueños.

—Lo siento —dije sincera—. Es que tengo miedo. No es fácil para mí mostrar a personas desconocidas una historia que... no sé si la logré transmitir tan bien como tú me la cuentas. ¿Y si no gusta? ¿Y si gusta demasiado?

Aún sin mirarme, me dedicó unas palabras que fueron el puntapié inicial para emprender un viaje de ida y sin regreso.

—El miedo es la mayor barrera para los sueños. Este es tu sueño, Rafaela, te lo dije desde el principio. Muchas veces tenemos sueños que no nos damos cuenta que lo son hasta que se vuelven realidad. Soñar no cuesta nada, y hacerlo realidad, tampoco. Deberás aprender, porque nada se construye en un solo día. Ya ves... Llevamos meses con la novela y aún no la terminamos. Todo, absolutamente todo lo que hagas te atemorizará porque es desconocido, pero si no avanzas, si no arriesgas, jamás sabrás qué te espera del otro lado. ¿Es solo miedo el que te impide seguir adelante o este no es tu sueño?

—Lo es... —Mi respuesta fue tímida y mi convicción se vio empañada por la vergüenza de asumir que por fin tenía un sueño.

Toda mi vida me sentí sin proyectos. Vivía cada día como uno más, me levantaba y me acostaba pensando en los problemas que debía resolver, pero jamás había cerrado los ojos con la ilusión en las venas, ni mucho menos los abría con la adrenalina a mil por tener más material que aportar a mi pequeño proyecto: Mi propio libro.

Y allí, en ese momento, me di cuenta de que, para soñar, solo se necesitaba un soñador y ese era yo.

Pero entonces, llegó el fin. Aún dolía recordar ese último sueño:

—No te imaginas cuánto te quiero, Valentín.

Él me trataba como lo hacen los amigos; con cariño, pero hacía mucho tiempo que yo lo miraba con otros ojos. Pensé que era una especie de admiración o la famosa dependencia con la cual confundían el amor. Y lo peor es que nunca lo descubriría porque él se iría sin poder siquiera yo probar sus labios.

—Y no sabes cuánto te extrañaré, Rafita.

—¿Extrañarme? ¿Por qué?

—Terminó la historia, Rafa.

Seguía sin encontrarle sentido a su despedida.

—¿Y qué tiene? Podemos seguir siendo amigos. Es más, ¿puedes seguir contándome historias! ¿Cómo se supone que te voy a contar cómo me fue con la publicación? No te estarás despidiendo, ¿verdad?

Y me regaló una última carcajada. De lejos se mezcló con el inconfundible sonido de la alarma que me separaba de él. Lo único que recuerdo es que le pregunté por el título de la historia, y otras cosas más que quedaban inconclusas.

—Valentín, no te vayas que voy a despertar.

—Prometo encontrarte.

Y entonces desperté.

Lloré una semana, dos, tres, cuatro... Ya ni recuerdo. Solo sé que el archivo en mi PC seguía sin título y mis noches seguían sin él.

«Prometo encontrarte». Esa era la última frase que me había regalado para luego desaparecer. Un mes después de ese sueño, tecleé el título del libro y sin siquiera revisar el archivo, llegué y lo envié a cuanta editorial se me ocurrió. Quería finalizar pronto esa etapa. Me había prometido cumplir mi palabra con Valentín, aunque me hubiese abandonado. Y lo hice.

Cuando recibí la respuesta negativa de tres editoriales, me deprimí y lancé gritos a la casa con la nula seguridad de que llegaran a oídos de él.

—¡Viste, te lo dije, no valía la pena publicar nada!

—Luego bajaba la voz y decía para mí—: Quizás nunca debí dejar que terminaras de contarme esa historia.

Pero entonces, sucedió lo inesperado. Una se interesaba por la historia, una bastante importante a nivel mundial. ¿Qué hice en cuanto supe? Llorar. Llorar de felicidad y desear que Valentín estuviera a mi lado para abrazarlo, eso

hice. Pero luego también lo maldije por dejarme sola, y volví a llorar por el mismo motivo.

CAPÍTULO 1

Cita con el editor

Casi un año después...

—¡Renuncio!

Uf, qué bien sonó eso. Es como si mi mochila hubiese retirado toda su carga... Me siento tan livianita «*Y sin dinero también*». Ya, es cierto, no tengo dónde caerme muerta, pero no creo que me cueste mucho encontrar un nuevo trabajo. En uno en el cual no diga ni mu sobre mi doble vida.

Salgo a paso firme, caminando entre las oficinas bajo la mirada de los curiosos de siempre, de esos que no viven sin estar pendiente de la vida del otro. Pero no miro hacia atrás, ya me decidí. Adiós a las sonrisas fingidas por la mañana, adiós a las horas extras, adiós a cubrir turnos a gente que no lo valora. Bienvenida a la Rafaela escritora.

Soy Rafaela. Tengo veinticinco años y se me ocurrió escribir. Sí, ya sé, estoy medio loca, entera de loca, a decir verdad, pero si no escribía lo que mi muso me ponían en la cabeza, de seguro que más loca estaría.

Todo comenzó así...

Una noche tuve un sueño, y ese sueño consistía en que un hombre me relataba una historia de amor. Valentín cada noche me hablaba de la historia de Leonela y Patricio. Una historia de amor con todas sus letras. ¡Hasta envidia les tenía a esos dos, salvo por tan triste final!